

LA EDUCACIÓN INTEGRAL DE LA PERSONA

1.- Introducción

No cabe duda que uno de los problemas que más acucian y preocupan a nuestro tiempo es la educación. Pareciera que todo proceso de mejora tanto personal, como social y cultural atraviesa de un modo u otro esta realidad. Se trate de la ecología, del consumo, de la violencia, de la salud o de lo que quiera mencionarse, para revertir las situaciones actuales, se dice y todos decimos, que es necesario educar al ser humano para no destruir nuestro medio, ni destruirnos a nosotros mismos en este comienzo del tercer milenio.

La educación es uno de los temas prioritarios de la cultura y sociedad actuales. Es uno de los existenciales por donde se hace posible la plenitud humana. Se ha dicho, con razón, que la vida del mundo futuro se transforma cada vez más en una carrera entre la educación y la catástrofe. Una carrera que no se define, en primer lugar y a pesar de toda la importancia y trascendencia que tienen, en la forma cómo organizamos los planes y sistemas educativos, ni en los modelos curriculares, ni en nuevos modos de abordaje didácticos o de gestión institucional. Se trata de una carrera que se define en primer lugar y sobre todo en lo escondido de cada corazón humano, en cada persona. Lo que hoy está en juego es el salvataje de la persona humana y de una comunidad que haga hominizante su desarrollo. Por eso nada es ajeno a la educación. Tampoco la salud mental.

Si bien el crecimiento del hombre y la mujer es teleológico, es decir responde a un plan preestablecido, sin embargo su desarrollo no se da sin la educación. “El desarrollo humano, a diferencia del animal, no se realiza sin la educación. El hombre no crece, como el animal, con sólo dejarse crecer. El crecer tiene una dirección, la dirección plenificante del ser. Pero en el hombre, esta dirección no se logra espontáneamente. El hombre rompe los cuadros de la naturaleza. Crecer, en él, es ser hombre, hominizarse. Esto no se logra ni natural, ni aisladamente. Sin sociedad no solo no hay educación, ni siquiera hay hombre. La educabilidad es un carácter esencial al desarrollo humano /.../ Es algo peculiar de la realidad humana, que podría definirse como ‘un ser para la educación.’” (Pithod, Abelardo, y Piovera Ana, Informe psicológico evolutivo de base para la reforma del curriculum, Gobierno de Mendoza, Mza., 1969, pag. 5)

2.- Concepto de educación

Surge la pregunta sobre qué entendemos por educación. Es realmente difícil ponerse de acuerdo porque existen en este sentido tantas definiciones como posturas antropológicas. Algunas nos hablan del logro de la plenitud dinámica del ser humano, otras de la formación de la personalidad, otras del establecimiento de un sistema de hábitos adecuado, otras de la formación de la conciencia y/o de la moralidad de las conductas, otras de la capacitación para la vida y el trabajo... Existen también las que constituyen auténticos reduccionismos pedagógicos. Sea como fuere todas de un modo u otro hacen referencia a una formación del hombre de un modo más o menos integrado para que pueda dirigir su vida en una línea de mejora.

La tarea de la educación, en realidad, es llevar a la plenitud todas las posibilidades que tenemos como persona humana, la que, como realidad subsistente y activa, se despliega en un doble dinamismo: hacia la unidad interior y hacia su expresión y acción

exteriores. Ambos se deben tener en cuenta para que llegue a ser ella misma en un adecuado proceso perfectivo de conocimiento, aceptación e integración.

El Padre José Kentenich, como gran pedagogo del siglo XX, señaló y mostró en diversas oportunidades que lo que en última instancia bulle y burbujea en el fondo de los movimientos culturales y sociales actuales, incluso en los más revolucionarios de nuestra época, es la búsqueda incesante del ser humano por ser el mismo. Pero ¿qué significa ser sí mismo?, ¿cómo educar a un ser humano para que desarrolle cada día más su propia, única y original realidad personal concreta? Este es el gran problema que debe resolver la educación actual. Se trata nada más ni nada menos que de rescatar la persona que somos desde la verdad y desde la realidad, si no queremos que no sólo quede truncado su desarrollo y madurez humanos, sino también que enferme severamente física y/o mentalmente.

2. 1.- Dinamismo ad-intra de la persona humana

La persona humana, como todos sabemos, se revela en su propia experiencia como una realidad encarnada, compleja y jerárquicamente estructurada. Es una “unitas multiplex”, una unidad viviente de una diversidad de partes constitutivas que se manifiestan en un triple nivel de estructuras y de actividades: lo espiritual, lo sensible y lo corporal, que adquieren identidad e integración en su centro personal-espiritual. Desde allí con la inteligencia y la libre voluntad autoconduce a través de un proceso de integración a las estructuras y dinanismos de los otros niveles de actividad receptivos-cognoscitivos y tendenciales-ejecutivos subordinados.

Aunque su realidad responda a diversos niveles de ser, todo en la persona humana es humano. Sólo que ella debe integrarlos en un dinamismo permanente donde lo inferior es asumido por lo superior y lo inferior es protección, expresión y seguro de lo superior. Cada uno de los niveles influye y está presente en el otro y ocupa de mejor o peor modo, según la integración alcanzada, su lugar en esta unidad de partes. En suma cada persona humana concreta es una totalidad orgánica de partes integrales que dinámicamente alcanzan la plenitud a través del desarrollo y experiencias vividas.

Este proceso de integración se da por sucesivos momentos experienciales a lo largo de la vida. El mayor o menor éxito con que se lo logre determinará el grado de armonía y madurez de la persona; pues los distintos estratos que se van integrando en síntesis superiores no lo hacen perfectamente, ni sin rupturas, más aún si se tiene en cuenta que debe agregarse a esta compleja realidad nuestro estado de naturaleza caída por el pecado original. Aparecen así los conflictos, las crisis de crecimiento, los fenómenos regresivos, los problemas de salud psíquica, la necesidad psicoterapéutica, etc. Y se explica sobre todo y para todos la necesidad de un auxilio pedagógico auténtico para alcanzar una madurez integrada de la personalidad. Aunque no se logre nunca totalmente porque no somos ángeles, sino seres humanos, seguirá siendo cierto que es desde el centro y núcleo más íntimo de la persona, desde lo espiritual, desde donde experimentamos el mundo y a nosotros mismos, desde donde obtenemos siempre renovadamente la fuerza para continuar a pesar de las dificultades y fracasos.

2.2.- Dinamismo ad-extra de la persona humana

Todo lo que acabamos de decir se realiza sólo en la medida en que la persona humana se ponga en contacto con el ambiente que lo rodea, porque ésta se nos aparece

pradojalmente a la vez en soledad y en comunidad. Concluido y abierto a la vez. Existe en una red activa de interrelaciones actuales y adecuadas con el medio que lo rodea.

La personalidad, como expresión de la persona que somos, es un mundo y tiene un mundo tomado de su mundo físico y sociocultural circundante al que convierte con diversos matices personales en un mundo propio. Los objetos tienen para el ser humano un sentido y una significación. La conducta, no sólo es respuesta a un estímulo, sino una situación significativa que implica una elaboración psíquica del mundo y de la situación del sujeto. En la unidad de esa relación persona-mundo emerge el proyecto de vida de cada sujeto, que es el objeto de su conducta autónoma como producto y expresión de su educación personal y motivaciones propias. Destruir esta unidad relacional, es decir de los vínculos que nos unen con las cosas, con los otros, con las ideas, con los lugares, con nosotros mismos y fundamentalmente con Dios significa destruir en definitiva al hombre mismo.

La riqueza de una buena integración personal depende fundamentalmente del contenido y de la riqueza del organismo de vinculaciones que cada uno haya constituido en su desarrollo personal.

Este doble dinamismo personal, ad-intra y ad-extra, bien establecido es la base psicológica para el surgimiento del hombre moral capaz de adherir libremente a la verdad y al bien como sentidos de su vida. Es en el interjuego de ambos donde aparece el hombre hominizado del que hablamos al principio, que no es otra cosa que el hombre integrado que ha alcanzado su estatura moral y religiosa. Ese es el hombre educado. Y esto sólo se logra a través de un auténtico proceso educativo (hetero y autoeducativo) que alcanza y compromete toda la vida hasta la muerte.

La educación se convierte, así, en un proceso personal y personalizante, libre y abierto, personal y social, donde posesión de sí y dación de sí no son dos realidades contrapuestas, sino que adquieren unidad en la unidad personal del ser humano. Proceso que por otra parte se da dentro de una sociocultura adecuada, en ella y a través de ella, y no en contra ni fuera de ella. Sólo es posible hacerlo dentro de ella.

Hoy constatamos en las personas que nos rodean conductas cada vez mayores de desintegración: de la inteligencia, de la voluntad, de la vida afectiva, de los vínculos. Nos encontramos ante situaciones que nos parecen incomprensibles. Al respecto dice el Padre Kentenich:

“Una total marcha en el vacío ha comprometido al hombre entero: su intelecto, su voluntad y su corazón. Debido a que estas facultades ya no encuentran su objeto correspondiente, se puede comparar al alma con un máquina que marcha al vacío.

“Al intelecto se le ha privado de la verdad, a la voluntad de lo bueno, al corazón se le ha privado de personas que pueda amar. /.../

“A partir de esta realidad podemos comprender por qué la persona carece de consistencia, por qué le falta vida, plenitud, profundidad, interioridad y riqueza. Está expuesta, sin medida, a las influencias que llegan del exterior, ya sea que se trate de la opresión por parte del dictador, de la sugestión de la masa o del impulso de los sentidos e instintos.” (En Desafíos de Nuestro Tiempo, Santiago de Chile, Patris, 1985, pag. 10)

3.- Puntos neurálgicos de la educación

La experiencia de los esfuerzos y de las dificultades por lograr la integración personal es algo normal en la vida de todos los seres humanos. Alguna vez todos hemos vivenciado nuestra incapacidad para lograrlo. Es la experiencia del pecado original y de la debilidad y contingencia humanas. Pero no cabe duda que esta experiencia reviste en nuestros días rasgos alarmantes y dramáticos. Inseguridad, suicidios, soledad, drogas, alcohol, violencia, desocupación, sin sentido de la vida, ruptura del tejido social, divorcios, etc. son moneda corriente apenas miramos a nuestro alrededor. Inmersos en este difícil proceso al que asistimos asustados es necesario apelar nuevamente de modo especial a una educación integral de la persona para atender a toda la realidad del hombre. Sobre todo a ciertas aspectos de ella que son neurálgicos en este proceso:

-Integración de los procesos cognoscitivos de la personalidad en la verdad de la realidad.

La inteligencia es la facultad que poseemos para descubrir la realidad. Si bien es cierto que en los procesos cognoscitivos hay mucho de construcción personal; sin embargo lo básico es conocerla y reconocerla, a través del ordenamiento integrado de éstos en toda la riqueza sensible-intelectual que tienen. Si esto no se logra se la percibe de modo equivocado. Nos acercamos a ella por medio de elaboraciones racionales parciales y sueltas que, como decía Chesterton, se transforman en verdades sueltas, que de sueltas se vuelven locas, dificultan una comprensión verdadera y orgánica de la realidad y se vuelven contra al el hombre mismo como vemos a menudo.

-Integración de los procesos afectivos- tendenciales según un orden de bienes verdaderos. Es necesario valorar verdaderamente lo conocido, porque la voluntad motivada –una vez asumidos ordenadamente los estratos concientes y subconscientes del psiquismo- se pone en movimiento y tiende hacia aquello que ha reconocido como bueno. Lo alcanza ejecutando actos libres y asumiendo responsablemente sus implicancias. Cuando eso no se da se pone en riesgo la estatura humana de cada uno de nosotros, porque poco a poco nos desviamos de lo que lo nos ennoblece, nos hace valiosos y nos permite llegar a ser la persona que somos. Sólo cuando la inteligencia, la voluntad y los sentimientos integrados en el sí mismo personal realizan actos debidos humanos aparece la persona educada.

-Integración de los vínculos personales en una la totalidad armónica de la personalidad. El yo se constituye en función de muchos “otros” sin los cuales es apenas reconocible. Por eso la educación formadora del ser humano debe lograr que cada educando establezca lazos humanos que lo desarrollen como tal vinculándose con todo aquello a lo que está religado: el nosotros, la sociedad, la naturaleza, la historia, Dios.

La educación relacional humana se realiza en una doble dirección: interior- exterior y exterior-interior, que se comportan como sistema de retroalimentación . La persona, que no está bien integrada personalmente, establece a su vez una red de relaciones anormales con el mundo circundante. La socio-cultura que crea se vuelve en su contra (insolidaria, de la muerte, desacralizada, violenta, etc) transformando las relaciones ad-extra en anómalas y erráticas. El tejido social y la cultura resultante se tornan también distorsionantes, no favorecen lo humano y se constituyen a su vez en causa profunda de disarmonía personal ad-intra. Se establece un sistema concausal. El ser humano crea una cultura negativa y ésta lo retroalimenta del mismo modo como matriz sociocultural. Ni la sociedad ni el hombre favorecen la educación plena.

El hombre actual pareciera de sobremanera incapaz para establecer vínculos que comprometan debidamente su persona. Ha creado cada vez situaciones sociales más difíciles y complicadas. Esta incapacidad ha terminado produciendo una sociedad insolidaria e injusta. Ya Platón lo decía: la sociedad injusta hace injusto al hombre. Y este estado de injusticia personal y social hace que el contenido representativo formado por la incorporación del mundo sociocultural circundante, no sólo no permita la educación plena, sino que también desequilibra el orden interior personal, a veces hasta enfermarlo.

4.- La educación del corazón

La formación integral de la persona y la educación de su conciencia moral no puede limitarse a ofrecer instrucciones y técnicas eficientes que permitan la aplicación de excelentes marcos teóricos, a educar en ciertas habilidades o en unos sentimientos vinculantes más o menos válidos. Es necesario ir más allá, se debe llegar a entusiasmar y comprometer a toda la persona desde su núcleo interior, desde ese centro vital y espiritual desde donde se constituye, se afirma y se desarrolla. Desde su sí mismo encarnado y asumido. La tradición judeo- cristiana lo ha llamado y lo llama corazón. Hoy más que nunca es necesario educar ese núcleo profundo donde se integra todo lo que somos. Educar el corazón humano para conformar la interioridad del hombre como fuente auténtica de todas nuestras conductas.

La Dra. Elena Lugo lo explica del siguiente modo:

“Corazón no es una descripción metafórica de las emociones y de los sentimientos. Corazón designa la esencia de la vida interior de la persona, el punto de referencia y raíz de todas sus mociones intelectuales, volitivas y afectivas. Designa asimismo la energía que impulsa la persona hacia Dios y a vincularse a otras personas, a dedicarse a los ideales y a orientarse hacia el universo. Conquistar el corazón y conducirlo por amor hacia la verdad y el bien representa la meta de la educación ...” (Relación médico-paciente, Buenos Aires, Edigraf, 2003, pag. 216)

La educación consiste en llegar a conformar el núcleo interior de cada persona, ese centro vital y espiritual desde donde se constituye, se afirma y se desarrolla. El corazón debe ver, valorar, conmoverse, aprender a inclinarse hacia los bienes que la inteligencia enraizada en lo propio le muestra, de lo contrario nuestro ser más íntimo y original se adormecerá, entumecerá, desmotivará y, poco a poco, morirá en su realidad más profunda. Es necesario educar el corazón para que no encontremos a nuestro alrededor tantos seres humanos con sus vidas desarmadas, sin sentido, vacíos, enfermos, pequeños robots en un mundo sin ilusión, sin fantasía; que fueron formados en una educación que los alejó de la felicidad consecuencia directa de un buen proceso educativo.

La persona necesita para integrarse un punto donde confluyan todos sus estratos y tendencias específicas; pero en una relación dialogal y de integración consigo misma. Necesita lograr una unidad interior humana, donde cada parte mantenga en la integración personal su autonomía relativa en la unidad orgánica de partes que conforman el todo. En la medida que ese núcleo íntimo, el corazón, está ordenado, logra transformar y unificar todos sus actos en actos humanos espiritualizados. Desde allí el hombre puede amar y ser libre, puede alcanzar su dimensión moral y religiosa propias.

Es urgente la educación del corazón. Se trata de enseñar a vivir humanamente y no sólo de aprender adaptarse. Este es el dilema de la educación actual. Surge entonces la pregunta ¿cómo lograrlo? Como dice Carlos Hoevel: “Sólo una cosa puede despertar y

hacer crecer el corazón humano: otro corazón humano. Sólo el corazón habla al corazón. Por esta razón, la más egregia y alta relación que conoce la historia de la educación humana es aquella que existe entre el maestro y el discípulo. /.../ El mismo Dios además de Creador es Maestro del hombre, y Cristo, además de Salvador, es Maestro.” (Corazón, en Emilio Komar, Vida lleno de sentido, Bs. As, Fundación Banco Boston, 1999, pag. 233).

En este sentido el factor clave de la educación es y seguirá siendo siempre, más allá de los métodos y técnicas de abordaje pedagógicos, la persona del educador. Porque si queremos que ésta siga siendo un servicio desinteresado a la vida humana siempre dependerá para ser fecunda de la plenitud de vida de quien sirve educando vidas ajenas. Pero esto ya no es tema de esta comunicación.

5.- Colofón

Las estadísticas actuales nos señalan que los libros más vendidos en las librerías son los de autoayuda, que las propuestas más aceptadas en cursos y espacios de formación para todo público son las que encierran temas de auto-conocimiento y mejora personal y grupal, que los grupos de autoayuda con la más diversa gama de objetivos crece cada vez más. Son todos índices significativos de la necesidad de formación integral de la persona, de una educación que atienda a la formación de una interioridad profunda de la que hemos hablado en los párrafos anteriores .

Existe una enorme franja poblacional que consulta y recorre consultas médicas, psicológicas, psicopedagógicas, grupos de autoayuda, de meditación, etc. que no encaja totalmente en los parámetros patológicos clásicos. Tal vez no se las deba considerar propiamente enfermas. Tal vez enfermen si no los ayudamos en sus dificultades, a partir de lo psíquico educativamente. En mi opinión muchos de las personas enferman por falta de una educación personal y personalizante adecuada, por procesos educativos mecanicistas que no permiten descubrir la realidad en su verdad y en sus valores, por la incorporación de disvalores desquiciados de la sociedad, por falta de educadores educados capaces de formar humana e integralmente.

Creo que esta área poblacional se ha convertido en un desafío pedagógico profundo para todos aquellos que de un modo u otro tenemos que ver en nuestras profesiones con los procesos de ayuda y mejora humanos. Tal vez la atención y cuidado de la salud mental necesite también incorporar mucho más la veta pedagógica para abordar el increíble espectro de manifestaciones desordenadas nuevas que han aparecido en nuestros días, pues la salud mental -como dice el Dr. Carlos Velasco Suárez- depende prioritariamente del reconocimiento y de la preservación de la integridad dinámica fundamental del ser humano como persona y de su más completo desarrollo. Y esto incluye en gran parte un servicio educativo.

